

La vocación médica

Por ENRIQUE GUARNER

COMO un enorme número de los seres humanos que vivimos en el planeta, mi primer contacto, fuera del vientre materno, fue con un ginecólogo. Su nombre era Santiago Dexeus Font y no recuerdo nada acerca de él, excepto que cuando mi hermano terminó la carrera de médico recibió su «Obstetricia» donde había una bella dedicatoria que decía: «Para el Dr. Vicente Guarnier de quien lo vio nacer».

Tengo vagas reminiscencias de mi pediatra y ya con el uso de la razón al llegar a México conocí a los médicos refugiados españoles que tenían su consultorio en una casa en la calle de Nuevo León. Con dos de ellos trabajé por algún tiempo, siendo el primero Dionisio Nieto, hombre de ciencia reconocido por sus investigaciones en el campo de la Neurología, pero con ideas cerradas que le impedían comprender las aportaciones del Psicoanálisis al campo psiquiátrico.

Otro médico eminente entre los exiliados era Jacinto Segovia, quien había ocupado posiciones importantes como ser jefe del equipo quirúrgico del Ayuntamiento de Madrid y por lo tanto del Rey Alfonso XIII. También fue catedrático de la Universidad Central y dirigió el Servicio Médico de la plaza de Las Ventas.

En el fondo, a pesar de su formación y alcurnia, Segovia era una especie de bohemio que gozaba en forma incalculable viendo cómo se preocupaba mi hermano ante alguna operación mayor. De este cirujano, del que fui ayudante, recuerdo una anécdota que me sigue pareciendo graciosa. En una cena en casa de mis padres se discutía frenéticamente sobre los errores de la República española. Don Jacinto escuchaba con gran atención todo lo que se hablaba y después del último sorbo de café se levantó y dijo: «La mayor falta de la República fue haber quitado al Rey de España». Dicho esto último dio las buenas noches se puso la capa madrileña y se despidió de todos.

En 1950 ingresé a la Facultad de Medicina y lo primero que tengo que relatar es que pronto quedé asombrado por la indisciplina y desorden que allí imperaba.

Había terminado la preparatoria confiando en que mi vida iba a cambiar y me hallé en medio de clases grotescas, en las cuales los alumnos se burlaban sin cesar de sus profesores.

Una de las que más recuerdo se daba en la capilla del antiguo Hospital Juárez y como el maestro era lo que denominábamos «barco», porque aprobaba a todo el mundo, tenía más discípulos que los otros. Esta resultaba la razón por la cual utilizaba un micrófono para que su voz se oyera en los confines más apartados del aula improvisada. El que tomara el instrumento daba lugar a que de inmediato se formara un coro que le gritaba: ¡que cante!... ¡que cante!. Lo peor del asunto es que a aquel infeliz no se le pasaba otra cosa por la mente que profirir: «No señores, no voy a cantar, sino que voy a explicarles la tuberculosis de la rodilla».

Lo absurdo es que como había señalado que en esa ocasión no nos entonaría un aire popular, pero que éste cabía en la clase siguiente, la escena volvía a repetirse con el famoso coro de: ¡Que cante!... ¡Que cante!

A este mismo profesor llegaron a meterle en su seminario un perro al que sentaban en una banca y alguien le tiraba de la cola, por lo que en medio de una explicación acerca de las consecuencias de la sífilis, se escuchaba como si fuera una detonación algún aullido.

Sin embargo, y a pesar de cierto desbarajuste también existían grandes maestros. Entre ellos destacaba el fisiólogo Efrén del Pozo, quien constituía un brillantísimo expositor que obligaba a que sus discípulos pensáramos. De una amenidad incomparable resultaba la cátedra de Patología que impartía Isaac Costero.

Como olvidar a los buenos cirujanos Clemente Robles o Fernando Valdez Villarreal y a cirujanos de la altura de Ismael Cossío Villegas, Salvador Aceves, Enrique Paras Chavero y tantos otros. Aunque a mí no me tocó el maestro Ignacio Chávez, sí tuve la oportunidad de asistir a las sesiones clínicas en el Instituto Nacional de Cardiología y nunca he visto a nadie con mayor capacidad de síntesis que la suya.

Profesores malhumorados y agrios conocía a bastantes. Prefiero olvidar sus nombres, porque eran arbitrarios, caprichosos e insoportables. La condición de médicos les daba una actitud omnipotente y se engallaban sin el menor motivo. Es por ello que quiero omitir a estos personajes llenos de mala intención que parecían sentir un goce especial si hallaban alguna pregunta que fuera imposible de responder. Pasados los años y cuando llevo yo mismo más de treinta como catedrático he llegado a la conclusión que se trataba de sujetos frustrados sexualmente que tenían envidia hacia aquellos que entonces éramos jóvenes.

Factores psicológicos en la vocación médica

La motivación del YO para escoger la profesión de médico representa una manera de lidiar con un conflicto inconsciente. A lo largo de los doce años en los que he impartido en la Escuela de Medicina de la Universidad La Salle siempre pregunto a mis alumnos en la primera clase acerca de la motivación que los llevó a la carrera. La mayoría responden: «Para suprimir el dolor humano», también: «Preservar la vida», o bien: «Corregir las deformidades». Sin embargo, yo bien sé que debajo de esta razón tiene que encontrarse: el prestigio, la posición honorable que ocupa el médico y por supuesto que la adquisición de una seguridad económica.

Si retrocedemos en el tiempo la selección de la carrera tuvo que partir de las fantasías infantiles, que llevaban a buscar lo que había adentro de nosotros. No resulta raro el optar hacia la profesión por identificación con el padre que también lo es. En esos casos existe inconscientemente el deseo de ayudarlo y de superarlo. El complejo de Edipo se resuelve buscando una identidad benigna y en cierta forma reparatoria. En otros casos son los mismos progenitores quienes quisieron que uno fuera médico. No es raro que se complazca a la madre que hubiera deseado estar casada con un médico y en la cual predominaba el dar sobre el tomar.

Cuando somos niños la enfermedad es considerada como la incorporación del

mal en nuestro mundo interno y la curación se logra por medio de la magia. En cierto casos se envuelve a la religión y es el demonio quien se apodera de nosotros, su salida se logra por medio de sustancias a las que les damos un poder exagerado.

La selección de la carrera de médico adquiere en la adolescencia una situación tentativa y hasta exploratoria. La decisión solamente puede basarse en los intereses que se han creado y la capacidad para desempeñar aquello que escogimos.

Resulta curioso que los primeros años de la carrera sean enteramente contemplativos. Véase sino el enorme número de cursos preclínicos en los cuales se examinan hasta el cansancio seres inertes como son los cadáveres y se estudia un mundo inanimado de fuerzas físicoquímicas y sustancias que no tienen nada que ver con las emociones.

Freud siempre pensó que la Medicina era una manera de sublimar el sadismo y convertirlo en compasión. Esta idea prevalece en la mayoría de los cirujanos que reconstruyen los tejidos inundándose en sangre.

Los pediatras en cambio ven a sus pacientes infantiles como si fueran hermanos y repiten el famoso «juego del doctor», que fue popular cuando fuimos niños. Frecuentemente los especialistas son maternas.

En la Ginecología se repite el trauma original y se gratifica una identificación con la madre. Es curioso el énfasis que se ponía en los libros antiguos sobre el sufrimiento en el parto que resuelven los obstetras reparando aquello que suponen sucedió entonces.

Los urólogos reflexionan todas sus vidas sobre el período fálico en el cual el pene fue el órgano central del cuerpo. Los proctólogos convierten la fase anal del desarrollo en algo limpio y puro.

Los psiquiatras fuimos solitarios en la infancia y aceptábamos a aquellos que no eran amados, o que fueron rechazados. El voyeurismo o la contemplación del acto sexual de los demás es algo que llevamos dentro y que nunca resolvimos, porque a través del análisis tratamos de entender nuestro verdadero origen.